

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 310

Barcelona, 8 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

## LLOYD GEORGE DA LA RAZON A NEGRIN

El «Consejo de Acción para la paz y la reconstrucción» de la Gran Bretaña, ha celebrado en Londres un gran acto público, ante concurrencia enorme de todas las clases sociales. El burgués y el obrero, el intelectual y el mesócrata, fraternizaban como en los buenos tiempos de las campañas liberales contra la pairia.

Habló Lloyd George y encontró los acentos de sus mejores días. De aquellos días en que pronunciaba los magníficos discursos recogidos luego en su libro «Los leres, la tierra y el pueblo».

\*\*\*

Dijo Lloyd George:

«Nunca he conocido una situación tan grave como ésta desde que se terminó la guerra europea.

«Las tres potencias autocráticas han pactado una unión que hace temible la debilidad de las democracias. ¿Seguiremos el camino de la rendición o estéis dispuestos a defender la libertad del mundo?

«Si Franco llegase a ganar habría entonces en Europa y Asia cuatro grandes potencias dictatoriales: Italia, Alemania, el Japón y España.

«La actitud gubernamental es desastrosa, y nos pondría en condiciones de inferioridad manifiesta si tuviéramos que combatir nuevamente por el Derecho Internacional como nos vimos obligados a hacer en 1914.

«Llamo a los pueblos y a las naciones democráticas de todo el mundo para que se pongan de pie y protejan a la libertad contra el puñal de sus asesinos.»

\*\*\*

Cuando el 1.º de octubre último, se reunieron en el Palacio de la Lonja de Valencia las Cortes de la República, el jefe del Gobierno, don Juan Negrín, habló, como todos recuerdan, de la situación interior y de la situación internacional. Y refiriéndose a ésta, dijo, entre otras cosas, que las potencias occidentales debían darse cuenta de que el triunfo del fascismo en España significaría, para alemanes e italianos, un refuerzo de tantos millones de combatientes.

Lloyd George piensa lo mismo que don Juan Negrín. Hay políticos en Inglaterra que creen que la victoria del franquismo, en nuestro país, no representaría la sujeción incondicional de España a los Gobiernos totalitarios europeos. Esos políticos son de una miopía espiritual inconcebible. Alemania e Italia han enviado al territorio hispano muchos millares de hombres y material de guerra por valor de miles de millones de marcos y de liras. Lo hicieron para asegurarse el monopolio de las materias primas españolas—hierro, plomo, cobre, cinabrio, potasa, etc.—y para conseguir posiciones estratégicas ventajosas en el Mediterráneo, el Atlántico y la frontera de los Pirineos. Y no renunciarán a sus ambiciones. Tienen cogido a Franco por la garganta y no le soltarán mientras no cumpla todos sus compromisos políticos y económicos. Y si Franco fuera derribado por la conjuración de los alfonsinos y los tradicionalistas, enemigos mortales de Falange, el poder fascista que le sustituyera tendría que aceptar incondicionalmente las exigencias del «Führer» y del «Duce»...

Una España fascista o fascistoide sería una España cipayá. El Estado Mayor alemán encargarse de organizarla militarmente para la agresión terrestre, aérea y marítima, ayudado por el Estado Mayor de Mussolini. En dos o tres años, nuestra infeliz nación, convertida en un cuartel inmenso, daría dos o tres millones de jóvenes, para la inevitable guerra franco-alemana. La República francesa debería defender el Pirineo, no con dos cuerpos de ejército como opinan sus generales más conspicuos, sino con fuerzas mucho más considerables. Desde Irún a Port-Bou, se abren varias rutas de invasión, señaladas por la Geografía y hechas célebres

por la Historia. Y varios ejércitos de mozos de España, encuadrados y mandados por jefes y oficiales germánicos, las seguirían sin entusiasmo, pero con la precisión de una máquina. La disciplina hace tales milagros. Ya lo vemos a diario en el frente fascioso.

España se trocaría en un vasto, casi inagotable depósito de carne viril y fresca, al que recurrirían sin empacho los generales de Postdam. La terrible e infame frase técnica alemana material humano, tendría, sobre la ancha piel de toro ibérica, su aplicación mejor. Los hijos de las madres españolas morirían por Hitler y Goebbels, por Mussolini y Balbo y por el Dragón Negro mikadonal. Y ayudarían a aplastar a Francia, a hundir a Albión y a borrar del mapa a Austria y Bélgica, Suiza y Holanda, Dinamarca y Checoslovaquia.

\*\*\*

Lloyd George, en el discurso a que me refiero más arriba, no se mostró hostil a un nuevo reparto de los dominios coloniales. Pero exigió que ese reparto tuviera la contrapartida de una seguridad absoluta de paz...

¿Es ello posible con Alemania? No. Ya escribió Hitler que los tratados sólo deben cumplirse cuando son ventajosos. Y que no obligan si dejan de serlo. Es la teoría del chiffon de papel, de Bethmann-Hollweg, en 1914. Es la teoría tradicional de Prusia, la nación rapaz por excelencia, discípula de Federico II, el rey cínico y falsario inventor de la «guerra clandestina»—nada hay nuevo bajo el sol—, con sus brutales e inesperadas invasiones de Sajonia y de Silesia...

¿Qué garantías pueden esperarse de un pueblo y un Gobierno tales? Todavía Bismarck guardaba las formas. Limitábase a falsificar el despacho de Ems. Hitler y Goebbels no se cuidan de protocolos ni de engorros diplomáticos. Les ha ido muy bien con su táctica del puñetazo sobre la mesa y del hecho consumado, para que renuncien a ella en aras de la concordia europea.

Por otra parte, nadie ignora, allí donde se hace el balance apretado y escrupuloso de los productos coloniales, que Alemania, aunque le devuelvan sus posesiones de África, Asia y Oceanía, seguirá sin hierro, sin plomo, sin cobre, sin algodón, sin caucho y sin petróleo. Por eso, Hitler le pidió a Halifax que le dieran también el Congo belga y el Angola lusitano.

No. Alemania ha planteado la cuestión de las colonias como una diversión estratégica. A ella le interesa, sobre todo, Europa, es decir, Austria, Checoslovaquia, Dantzig y la Ucrania.

\*\*\*

El triunfo de Franco en España daría al nazismo dos o tres millones de soldados hispanos, que lucharían y morirían en el mediodía de Francia para que la Alemania de Wotan y de Arminio, la Alemania pagana y bárbara, enemiga de la civilización, aplastadora de la personalidad humana, entrara triunfante en Estrasburgo y Metz, en Kiew y en Praga...

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

En la página tercera:

### Al volver de España UN TESTIMONIO

Por André Chamson

## Las tres potencias autocráticas-dice

Lloyd George-han pactado una unión que hace temible la debilidad de las democracias. ¿Seguiremos el camino de la rendición o estéis dispuestos a defender la libertad del mundo?

## La propaganda clandestina "nazi" en Austria

Viena, 4.—La policía vienesa ha detenido al jefe de la organización de la propaganda clandestina nacionalsocialista en Austria. Trátase de un alemán del Reich, apellidado Hillebrand, que desempeñaba un cargo oficial en la «Federación de Alemanes del Reich», la cual depende directamente de la «Organización de los alemanes del extranjero». Esta situación le permitía ocultar su actividad ilegal, pero ahora que está descubierta, agrava su caso.

Se ha comprobado que Hillebrand ha facilitado varias docenas de máquinas de escribir y de aparatos Roneo a los nazis austriacos para la impresión del «Oesterreichische Beobachter», y diversos folletos subversivos. Se ha comprobado igualmente que no cobraba este material y que, por tanto, «este comercio ilegal» tenía que ser sufragado por los capitalistas que todos adivinamos.

Hay quien une este descubrimiento a las declaraciones que el general Goering ha hecho a Daranyi, que precisamente publica la «Neue Freie Presse». «Es imposible—dice en síntesis—que haya en Hungría tales agitadores alemanes. Si, no obstante, encontramos algunos, enviémoslos. Ya les arreglaré yo.» ¿Podrá Austria hacer uso de esta declaración en el caso Hillebrand?

(«Le Temps», 5-XII-37.)

## El mundo no muere, sino que renace Advertencia a Europa

Así titula el gran escritor Thomas Mann su reciente libro editado en París. De su lectura se desprende un aura reconfortante que entona el alma y abre el espíritu a todas las grandes emociones del más cálido humanismo. Libro de meditación y de oportunidad. Cuando todos los valores humanos están en quiebra y lo intelectual y lo moral quedan rechazados por esta ola de barbarie que actúa en el mundo, al remanso tranquilo de esta estimativa humanísima, prepara al hombre antidogmático a todas las resistencias y a todos los avances nobles.

Para nosotros, que seguimos con dolor cómo la libertad se merma y la razón se ofusca y lo material sobresa, la prosa serena y emotiva de este alemán digno consuela nuestra mente e invita a nuestro espíritu a la fiesta de un ocio maravilloso.

El humanismo, nos dice en síntesis, no tiene nada de escolástico ni tiene el más mínimo contacto con la erudición. El humanismo es más bien un estado de espíritu, una disposición intelectual, un estado de alma que implica justicia, libertad, conocimiento y tolerancia, y, también, amabilidad y serenidad. El humanismo es la duda, no considerada como fin, sino como método para encontrar la verdad; esfuerzo lleno de solicitud para destacar esta verdad por encima de todas las presunciones de aquellos que ponen esta verdad al servicio de sus intereses de partido. El humanismo es el antipoda del dogmatismo.

El verdadero humanista toma posición ante el mundo y la barbarie fanática y rechaza doblegar a cualquier fuerza material, aunque el tirano apriete y la imposición sobrevenga.

En efecto, los más altos valores están desamparados en esta destrucción implacable del momento. Hay alguna organización que pretende salir en su defensa al proteger la libertad contra el dogma, la liberalidad contra la imposición política; pero se observa la gran dificultad de esta defensa al no reconocerse junto a este deseo la práctica y el ejemplo necesario en quien lo predica.

La vida es algo más que la ordenación económica. Lo que hace vivir está por encima de la corriente material. En la vida colectiva la facilidad y el consumo abundante es premisa indispensable; en la vida individual hay valores estimables que enoblecen la biología. Claro está que en esta guerra apocalíptica que nos trastorna a los españoles y que se vislumbra en Europa, lo intelectual pasa como innecesario y lo moral lleva signos de flaqueza.

La advertencia de Thomas Mann va dirigida a todos los europeos. A los países fascistas los trata de irrazonables, sin derecho a anular la razón en nombre de la vida. A las democracias les hace un augurio triste. Entrevé un fin desagradable a fuerza de tener que oponer violencia a los avances de las dictaduras.

Sin embargo, nosotros no le seguimos en su pesimismo. El mundo y la cultura no perece, sino que nace. Se termina, sí, el mundo viejo, la forma anticuada que se oponía al avance de lo progresivo, de lo justo, de lo noble. Es el mundo que está naciendo ahora. Y de este alumbramiento doloroso nace un hombre en plan de reconquista histórica. Reconquista para su provecho la propia historia, que nunca hacía él, sino que se la imponían; reco-

(continúa en la página siguiente)



PALABRAS Y TRATADOS

# Francia firmaría, con mucho gusto, la paz definitiva con Alemania

Pero se acuerda del Tratado de Versalles y siente frío

Por ANDRE MAUROIS

CADA FRANCES, DELANTE DE  
CADA ALEMAN

Todos los que observaron a Francia inmediatamente después del golpe alemán en la zona de Renania quedaron impresionados por su calma. Ni manifestaciones, ni cantos, ni pánico. Todo esto lo he podido apreciar yo cuando, durante una gira de conferencias, viajaba después a lo largo de la frontera de Alsacia. Las ciudades estaban tranquilas; confiados los pueblos; los jóvenes soldados que habían ido a ocupar las nuevas fortificaciones no daban muestras de ninguna ansiedad ni de agitación. Y es que este país quiere realmente la paz. Odia la guerra y recuerda los horribles males que ella trae consigo. Sabe que arruina a los vencedores y a los vencidos. Se da cuenta de que una nueva conflagración europea, realizada con modernos instrumentos de destrucción, significaría a la vez la matanza de millones de personas y el asesinato de toda una civilización. Comprende también que, en vista del fracaso de la seguridad colectiva, la única esperanza de aquellos que odian la guerra es la firmeza de las naciones pacifistas.

Pueden haberse cometido muchos errores en el pasado; pero en lo que respecta al presente, raras veces ha sido la atmósfera de Francia más favorable a un acercamiento franco-germano. Cuando Hitler habló repetidas veces de tender su mano a Francia, esos discursos despertaron sinceras esperanzas en gran parte del pueblo francés. Si los discursos hubieran sido acompañados de proposiciones concretas, es probable que las negociaciones hubieran comenzado ya. Pero, desgraciadamente, cada vez que el Gobierno francés intentaba descubrir los términos y condiciones sobre las cuales hubiera de basarse tal acuerdo, era imposible obtener una respuesta. Hace sólo unas semanas, un diario de París publicó una sensacional entrevista que el canciller alemán había concedido a un joven periodista francés, en la cual, una vez más, aquél habló de tender su mano a Francia. También una vez más, cada francés hubiera querido decir a cada alemán: «El primero y más formidable obstáculo que se opone a nuestra unión es que aun no hemos comprendido claramente lo que queréis. Vuestro canciller ha dicho en muchas oportunidades a los visitantes franceses e ingleses que consideraba absurda una guerra emprendida para alterar una frontera, y que él no sería el hombre que permitiera que dos millones de alemanes fueran asesinados a fin de contar con otro millón más. Esto es hablar con prudencia. ¿Podemos tomar por cierto que ésta va a ser en lo futuro vuestra actitud oficial y que aceptéis el actual mapa de Europa en lugar de quejarnos por él?»

## LA CONFIANZA EN ALEMANIA NO PUEDE SER MUY GRANDE

Aunque aceptéis esto—cabría seguir diciendo a los alemanes—, nosotros suponemos que tenéis, sin embargo, otras aspiraciones, que nos gustaría conocer con exactitud. ¿Hay cuestiones de honor respecto a los cuales exigís satisfacción? Alemania tiene derecho a negociar de igual a

igual con otras naciones. Si a este respecto conserva algún prejuicio, es necesario que se libere de él haciéndolo público, y que rechace cualquier intento de hacerse justicia por su propia mano. Debe admitir también que si es legítimo el deseo de salvaguardar su honor, el de Francia está comprometido en los tratados que ha firmado.

Francia quiere la paz. Desde que vuestro Gobierno asegura que también la desea, parece haber llegado el momento en que es necesario poner todos los naipes sobre la mesa y pasar de los sentimientos a los hechos. Hablemos claramente. ¿Sobre qué condiciones está Alemania dispuesta a volver a ocupar su lugar, sin reservas, entre las naciones de Europa? Si esas condiciones son compatibles con nuestra seguridad y la de nuestros amigos, si son justas y moderadas, encontrarán en Francia, dentro de todos los partidos, la más honrosa bienvenida.

La verdad es que en Francia persiste el deseo de llegar a un acuerdo con Alemania, y, lo que es más notable, con mayor fuerza aún, a causa de que la vacilante y contradictoria actitud de Inglaterra ha disgustado aun a los que se consideran sus amigos. Pero la confianza en Alemania no es muy grande. Por más buena voluntad que se ponga, es difícil tratar con un país que no reconoce la validez de los compromisos contraídos, ni colocar grandes esperanzas sobre la firma de un vecino cuya principal actividad consiste en desgarrar tratados, exactamente como si se tratara de representar un acto de vodevil.

## HABRA QUE VOLVER A LOS TIEMPOS DE LA PAZ ARMADA

El francés pregunta: «¿De qué sirve discutir hoy las bases de un nuevo pacto, si mañana ese pacto no será válido a los ojos de Alemania?» En cuestiones internacionales sólo hay dos métodos posibles: la fuerza y la ley. Nosotros hubiéramos preferido cien veces el segundo. Y lo preferimos todavía. Pero la elección presupone que los gobiernos europeos abandonaron en todas las contingencias el método de los hechos consumados, que es también el de violar los acuerdos. Si Alemania no se dispone a abandonar ese método, si continúa en la creencia de que la ley es todo aquello que sólo favorece a sus intereses, no hay otro remedio que establecer el equilibrio europeo sobre una base de fuerza. Pero la fuerza no significa necesariamente guerra. Si no es posible lograr un entendimiento con Alemania, es seguro que más tarde o más temprano se formará un bloque de naciones, no ya para atacarla, sino para resistirla. Esto sería volver a la paz armada, que fué el estado permanente de Europa antes de la guerra de 1914. No es, por cierto, un arreglo satisfactorio, puesto que resulta ruinoso para todos y lleno de peligros. ¿Pero qué otra cosa puede hacerse frente a una amenaza constante y directa? Ningún pueblo puede tolerar una extorsión permanente. Es una característica del hombre ser un animal valiente. Si es desafiado, se rebela.

Hoy, el deseo unánime de los franceses es el de vivir como buenos vecinos con Alemania. Proba-

blemente, un gran número de alemanes desea lo mismo desde el fondo de su corazón. Existen, pues, probabilidades para la reconciliación, siempre que la dignidad de Francia sea tan respetada como la de Alemania, y que ésta no pretenda, bajo el pretexto de la igualdad, substituir decisiones arbitrarias por acuerdos libremente aceptados.

Tales son las condiciones ineludibles para un pacífico entendimiento entre Francia y Alemania. Ese entendimiento es necesario y deseado por ambos pueblos. Para realizarlo se requiere liquidar de una vez por todos la política de fuerza, de desgarrar tratados y negar validez a compromisos. (Argos.)

(«La Voz», Madrid, 3-XII-37.)

# ADVERTENCIA A EUROPA

(Continuación)

bra su moral, la suya, no la que se desprendía de una costumbre bárbara opresiva; recoge los avances de la ciencia y de la técnica y los pone al servicio de todos; se ha desprendido del egoísmo individual para volcarse en general, en lo humano, en lo digno.

No. El mundo no acaba ahora, sino que empieza. Como en todos los partos dolorosos, existen inquietudes, temores, fallos, intervenciones energéticas. Pero el hombre nace y el mundo seguirá otro rumbo y lo intelectual renacerá y el fanatismo retrocederá, sea el que quiera, de derecha o de izquierda.

No se perderán los grandes valores de la Humanidad porque siempre quedarán hombres dignos, como Thomas Mann, que puedan lanzar a los cuatro vientos sus advertencias y le digan al mundo que han nacido para testimoniar la serenidad y no el martirio, para traer al mundo un mensaje de paz y no para nutrir la lucha y el odio. Para protestar siempre en libros como éste, lógicos en su forma y líricos en su expresión.

El célebre autor de «La Montaña Mágica» y de la trilogía de «Joseph» debe apesadumbrarse tanto por la pérdida de la esencia de lo humano porque ésta renacerá siempre de los escombros de la tiranía.

(«Mañana», Barcelona, 7-XII-37.)

**SE AUTORIZA  
la reproducción de  
cuanto se publica  
en este DIARIO.**

## UN INTERESANTE MANIFIESTO

# Los intelectuales brasileños hacen presente su fervorosa adhesión a la causa de la República española

Un buen número de intelectuales brasileños, entre los que figuran los más destacados valores de la cultura de aquel gran país suramericano, han dirigido al Gobierno de la República un manifiesto de simpatía a España y a su legalidad, que es un aliento más para persistir en nuestra lucha contra el fascismo invasor y contra los traidores que cobardemente se aliaron a los extranjeros. Precisamente el hecho de que ese manifiesto de simpatía y de adhesión venga de Río de Janeiro, en las horas críticas en que aquel país vive el período álgido de las veleidades filofascistas del dictador Getulio Vargas, nos obliga a realzar su importancia. Tanto más cuando son precisamente los intelectuales más destacados de aquella nación los que dirigen su mensaje a los representantes legítimos del pueblo español.

El Manifiesto dice así:

«Nosotros, los intelectuales brasileños, patriotas y demócratas no sospechosos, fieles a nuestra propia conciencia, no podemos silenciar por más tiempo nuestra opinión sobre cuanto sucede en las desgraciadas tierras de España.

«Nuestra actitud tiene el sentido de una pura demostración de amor a la libertad y a la cultura, tan amenazadas por las hordas del fascismo internacional, en el país que debe su patrimonio espiritual a figuras como Cervantes y como Goya.

«El Gobierno de la República es, de hecho y de derecho, la legítima expresión de la voluntad nacional, desde que fué elegido por gran mayoría en elecciones realizadas bajo un Gobierno adverso. Y, por otra parte, ha sido este el espíritu de la actitud del Gobierno brasileño, tanto más cuando hoy mantenemos nuestra representación diplomática cerca del Presidente Azaña, sin que hayamos otorgado a los rebeldes el reconocimiento de beligerancia.

«Estamos, por lo tanto, en el derecho de manifestar nuestra consciente solidaridad con el pueblo español y con el Gobierno que aquél se dió en las urnas, ambos profundamente unidos entre sí, enfrentados en una lucha heroica con las huestes del fascismo que amenazan destruir, en un

atentado supremo, todas las conquistas del progreso.

«Ejércitos extranjeros de ocupación, bajo la bandera del fascismo imperialista, intentan liquidar una de las más gloriosas Repúblicas del mundo. La población católica de las provincias vascongadas es diezmada por fuerzas mercenarias.

En este caso cabe a todos los hombres honestos, a todos los republicanos, el deber de manifestar su solidaridad para con aquellos que defienden, desamparados, esa misma República, como régimen y como nación.

«A los intelectuales es a quienes cabe imperiosamente el más considerable y especial deber en la defensa de una democracia en peligro, porque es sobre todo en el régimen democrático donde la libertad del pensamiento puede brotar con toda su plenitud.

«Invitamos, pues, a todos aquellos que no quieren para Brasil momentos como los que está viviendo España, a apoyar valerosamente la lucha del pueblo español y del Gobierno de la República contra los traidores que se unen a los extranjeros para asesinar a sus propios hermanos en un tributo al fascismo guerrero.

Río de Janeiro, 1937.—Alvaro Moreira, Mauricio Lacerda Filho, Marcelo Roberto, Octavio Thyrsz, Paulo Weneck, Bricio de Abreu, Santa Rosa, A. D. Tavares, Graciliano Ramos, Díaz da Costa, José Lino do Rego, Aparicio Torely, Brazil Gerzón, Mirilo Miranda, Adalgysa Nery, Murilo Mendes, Milton Roberto, José Antonio, Mario Cabral, Annibal M. Machado, José Carlos Enriques, Elton Pontes, Alípio Costallat, Café Filho, Azevedo Amaral, Carlos Lacerda, Arthur Ramos, Augusto Rodrigues Filho, Thomaz Lobo (senador), Miguel Costa Filho, Abel Chermont (senador), Domingo Villasco (diputado), Joao Mangabeira (diputado), Osorio Borba (diputado), Genaro Pontes Souza (diputado), Caio Prado Jr., José Simeón Leal, N. de Brito, Eugénia Alvaro Moreira, Omer Moreira, Alegre, Odylo Costa Hijo, Sady Górriz, Clovis de Guzmán, Lucio de Nascimento Rangel, Benjamino Soares Cabello, Tina Canabrava, José Silveira.»

## Declaraciones del Mayor Attlee a un redactor de «El Sindicalista»

### El Partido Laborista inglés dedica especial atención a los niños de la República española

Madrid, 6.—El Mayor Attlee ha manifestado a un redactor de nuestro fraternal colega «El Sindicalista»:

«Desde hace tres meses pensamos que el Comité de No Intervención no podía cumplir los fines para que fué creado. Está visto que no servía más que los intereses de Inglaterra y Alemania; por eso, en la Cámara de los Comunes y en las plataformas políticas, el Labour Party, anticipándose a las demandas del Gobierno de la República Española, exigió para éste la equidad y los atributos que otorga el Derecho Internacional.

En otro orden de ideas, tengo que

hacer constar que no olvidamos la precaria situación a que toda guerra conduce al país que la sufre. En los días presentes se hace en Inglaterra activísima campaña de propaganda a favor del antifascismo español. Las organizaciones y los miembros todos de nuestro Partido dedican singular atención al problema de los alimentos en Madrid y, en general, en la España democrática. Especialmente los niños merecen nuestras mayores ansias.

Se han hecho colectas a las que colaboran tanto los elementos políticos e industriales del Laborismo, como las Cooperativas gremiales.

(«Mañana», Barcelona, 7-XII-37.)



# AL VOLVER DE ESPAÑA.

# UN TESTIMONIO

Por ANDRE CHAMSON

## Cultura de España

## Civilización de España

(Continuación)

Debe añadirse que este orden público disimula una realidad sin alma, un simple automatismo de la vida material. Protege, al contrario, una admirable vida espiritual, una continuación y un renacimiento de todo lo que ha hecho la gran obra de la cultura y de la civilización en España.

Ningún valor auténtico se ha perdido, siendo por el contrario conservado e imitado de una fuerza nueva. Sea el sentimiento popular de la belleza o la sabiduría de la cultura, todo está intacto, todo está magnificado.

No quiero hablar de lo que otros testigos dieron ya a conocer: el esfuerzo escolar, la educación de los soldados, el salvamento heroico de obras de arte y bibliotecas, bajo el fuego mismo. Admirable historia la de la revelación de la cultura al pueblo español en medio de la guerra y la salvación de los más altos testimonios de esa cultura por ese pueblo todavía ignorante pero lleno de respeto hacia las obras maestras que libraba del incendio y la devastación.

Me contentaré evocando aquí dos recuerdos, dos pequeños hechos que me hicieron sentir la realidad de la civilización renaciente de España, en lo que tiene de popular y lo que tiene de culta.

En el camino de regreso, entre Valencia y Barcelona, los habitantes de un pequeño puerto, advertidos a última hora de nuestra llegada, han adornado sus casas para recibirnos. Entramos en esta pequeña ciudad gloriosa por sus recuerdos históricos, peñón aislado que domina la costa baja, vieja fortaleza vuelta hacia el mar, rica de todo lo que el mar trae a largo de los siglos y los días, a los hombres que viven frente a él. Desde las primeras casas, una banderola nos da la bienvenida. Sobre el banco de arena que cubre el islote fortificado y la costa, toda una multitud nos espera. Hasta hay música. Y hay, sobre todo, sol. Nada de esto desdeciría en el marco familiar de los regocijos populares en esos pueblos del Mediterráneo que conozco tan bien, desde las Santas Marías y el Grau del Ebro hasta esa roca cuya fortaleza se parece a las fortalezas provenzales o lanquedocias. Por las calles estrechas, en todos los balcones de esas casas verdes, amarillas o blancas, las mujeres extienden sus mantones para aumentar aún la belleza de esos lugares. Miro las telas de seda, cargadas de bordados, admirables de color y de sobria riqueza. Este pueblo necesita belleza para todos los actos de su vida. La necesita para recibir a los huéspedes. Debe de sentir que entrega con su naturaleza más oculta, la más velada y la más preciosa, y esos brazos de mujer que se alzan para saludarnos con el puño cerrado, parecen recoger el gesto de las portadoras de ánforas.

Otro día, en Cuenca, bajo las altas montañas donde se extiende el frente de Teruel, un viejo profesor y el conservador de las obras de arte nos reciben. Llegamos de Madrid. A lo largo del camino, hemos respirado la atmósfera del frente: fortificaciones y puestos de vigilancia, tentáculos de campaña, aviones en el cielo. En Tarancón, pasan lentamente, unos extraños automóviles que escuchan con sus brazos de hierro el estremecimiento del suelo, vigilando las escuadrillas enemigas. Al entrar en Cuenca, una nutrida guardia detiene nuestro automóvil. Todo un aparato guerrero nos rodea durante unos minutos. Al fin, un saludo amistoso y pausado, un profesor enjuto y cetrino y el conservador, un poco grueso, un poco monástico y untoso, que sonríe sin cesar. Sólo

piensan, ambos, en salvar el patrimonio artístico e intelectual de su provincia. Mientras hablamos con ellos los acontecimientos pierden toda realidad. No se habla más que de tapicerías flamencas, de la identificación de cuadros de la escuela italiana, de la clasificación y conservación de las obras maestras que contiene la ciudad.

Escuchando al conservador, a lo largo de la carretera trazada en lo hondo del puerto, que domina las casas, los palacios y la catedral de Cuenca, yo pensaba lo que debía ser la vida de nuestros sabios durante la revolución cuando Lenoir organizaba el Museo de Monumentos franceses. Entonces, como aquí, afluyen por todos lados las obras maestras de las colecciones reales o particulares, de las iglesias o de los monumentos públicos; entonces, como aquí, ante el peligro de los incendios y del pillaje, unos hombres consagran toda su fuerza al salvamento de estas obras. Pero la Revolución francesa estuvo menos atenta que las revoluciones modernas para sostener en su tarea a estos salvadores del pasado. Nuestras constituyentes y nuestros Convencionales conocían el valor de palacios y bibliotecas, pero eran menos sensibles a las obras de arte y no llegaban a concebir que un mueble o una tapicería pudiera constituir también un testimonio del genio humano. Fueron siempre ideólogos a los que sólo conmovía el objeto si éste respondía a sus ideas. Los revolucionarios de hoy saben reconocer mejor la marca del hombre. En la permanencia de las catástrofes, éste es quizás un elemento nuevo que puede hacernos creer en cierta forma del progreso. Es evidente, en todo caso, que la República española ha preservado el patrimonio de España hasta el límite de sus fuerzas e incluso bajo el fuego.

Cuando regresábamos a la ciudad, en ese extraño paisaje que la caída de la tarde hacía más extraño aún, el viejo profesor se dedicó a esbozar un paralelo entre Cuenca y Toledo. Toledo, la ciudad gloriosa, y Cuenca, la ignorada, igualmente bellas las dos, pero Cuenca más salvaje y más verídica en su soledad. Hacía treinta años que el viejo profesor no salía de su ciudad. En su último viaje visitó Andalucía y Toledo. Oyéndole hablar, parecía que fué ayer. Pero desde entonces medita sobre la sustancia de esta decoración monumental que le rodea, sobre el significado de esta magnífica apariencia de lo que llamamos belleza. Por su profesión alza cada día un puente frágil e indestructible entre ese trozo de civilización solitaria y la cultura universal. Sus meditaciones humanísticas siguen la armonía de los palacios y las iglesias concertada también con la arquitectura de las rocas que sirven de muralla a la ciudad. Así se condicionan y se determinan recíprocamente el orden humano y el orden transcendental, que es justamente el de la civilización y la cultura.

Los soldados que nos acompañan, hombres del pueblo, apartados por unos días del combate, se apasionan también con estas sabias disertaciones. No se crean fuera de estos debates. Quieren comprender también ellos lo que les maravilla en este apiñamiento de rocas, murallas, balcones y torres. Sensibles a la belleza, lo son más aún a la poesía. Durante todo el viaje, atravesando las soledades de esta provincia, en los coches que conducen con loca temeridad, nos cantarán trozos de ese romancero que los poetas de la España nueva — nuestros camaradas del Congreso — han consagrado a la guerra, cuyos azares sostienen ellos, soldados, con su vida, junto a esos poetas, soldados como ellos también.

**Este DIARIO se reparte gratuitamente**

## Miseria de España

## Ruina de España

Pero todo eso no es más que un aspecto de la realidad. Esta fecundidad de los campos, esta vitalidad de las ciudades, esta permanencia de la cultura representan sólo una faceta de la España leal de hoy. Lo que me ha conmovido en el curso del viaje que acabo de hacer, es la realidad total, el formidable contraste entre las fuerzas de la vida y la alegría y los poderes del odio y de la destrucción.

Sobre esta alegría tranquila y este renacimiento de España, planean en todas partes las amenazas de la muerte. No hay una ciudad, ni un pueblo, ni una comunidad humana, por grande o pequeña que sea, que no deba temer, cada segundo, el ataque de los aviones, de los buques que pasan de largo o, si el frente está cerca, el tableteo de la artillería.

Una línea abstracta e irrisoria es suficiente para hacernos pasar del mundo de la seguridad al mundo de la muerte y de la ruina. ¡Con qué violencia se nos aparece entonces el carácter ilusorio y frágil de esa seguridad en la que creíamos vivir! En Cerbère, última ciudad francesa, una escarpela azul-blanca-roja protege la estación. Pero no ha bastado para impedir las incursiones de la aviación que ha ametrallado hace pocos días el cuartel de los aduaneros. Me hicieron el relato de este ataque unos testigos oculares, mientras aguardábamos la salida del tren que debía conducirnos a España. Sin embargo, aquí, semejantes alertas son aún motivo de escándalo, mientras que al otro extremo del túnel cavado en la montaña, en Port-Bou, la matanza y la destrucción se transforman bruscamente en cosas normales.

¡Monstruosa facilidad del asesinato! La ciudad ha sido bombardeada muy a menudo. Su viaducto y la salida del túnel eran los objetivos, pero son casas habitadas las que están en ruinas, son mujeres y niños los que han muerto. En la estación se ha roto parte de las vidrieras. Nadie piensa en esa amenaza. Un carabiniere con el que he entablado conversación me dice: «¿No has hecho la guerra? Si oyes las sirenas, échate junto a un muro.» Luego, se pone a hablar de otra cosa. Acompaña a dos hombres, un viejo y un adolescente, que dormitan sobre una banqueta. «Han escapado de los facciosos. Vienen de Navarra...» Pregunto si han dado informes sobre lo que ocurre al otro lado. «A disposición de los jefes superiores», me contesta el carabiniere. Esta frase me inspira confianza. Miro a los dos fugitivos. Abruñados de fatiga, descansan en una especie de beatitud. El viejo está curtido por el aire; el adolescente es paliducho y macilento. Pienso en las horas terribles que han debido de vivir los dos; en la angustia que ha debido de atenazarles. Sin embargo, dormitan en esa quietud de la carne que recobra sus fuerzas, y como los demás hombres que nos rodean, no piensan tampoco en los peligros que les amenazan.

Esta amenaza se halla tan presente en todas partes que el hombre aprende a vivir sin tenerla en cuenta. Entregado a la guerra, se las entiende con ella.

Sólo en nuestra ruta, durante centenares de kilómetros, a orillas de la costa o en el interior, en esos pocos días de viaje, hemos encontrado la guerra por todas partes. Sin duda estaba en vigor desde hace meses y lo está todavía. Pero sólo quiero hablar de lo que he visto. No es por dar a mi viaje el aspecto de un relato heroico, sino para atestiguar mejor toda la realidad, hablando sólo del pálido aspecto que de ella he podido ver.

En Port-Bou, mientras esperamos nuestros automóviles, unos golpes sordos conmueven el horizonte. Son demasiado le-

janos para prestarles un segundo de atención. Pero sabremos mañana que ha habido combate en alta mar entre un crucero rebelde y unos aviones gubernamentales. A lo largo de la costa nos enseñan los puntos bombardeados en días anteriores. En Gerona, unas casas derruidas demuestran que los aviones acaban de pasar soltando su carga de bombas. En Barcelona, nos hablan del último raid, de unas decenas de muertos, de unos centenares de heridos, y por la mañana, cuando salimos de la población, suena la alarma que dejamos atrás. A lo largo de la costa, un buque desconocido que navega rumbo al Sur, lanza sus obuses sobre las ciudades que atravesamos y encuadra nuestro paso. En Valencia, la segunda noche de nuestra estancia allí, poco antes de amanecer, el grito de las sirenas despierta bruscamente, mientras entre el tableteo de la artillería antiáerea, suscitado por la trepidación de los motores, el fragor de las bombas atraviesa el cielo y viene a romperse con un inmenso estrépito sobre la gran ciudad superpoblada. En Madrid, por fin, entre las casas derruidas, vaciadas de sus pisos como juguetes infantiles, acompaña las noches la cadencia de la artillería pesada tirando sobre la ciudad. En lo oscuro se alumbran los incendios y lo mismo que en París y en Londres acuden los bomberos a apagarlos. En las callejas se oyen gritos de mujeres y niños. El martilleo continúa sobre la ciudad. Se puede advertir la cadencia del tiro — de diez en diez segundos —, contar el espacio entre los golpes, y, para los que tienen el hábito de la guerra, reconocer sin esfuerzo el calibre de las piezas que tiran sobre todas esas vidas y todos esos tesoros amontonados por la historia y el genio de una gran nación. Cesa el fuego poco antes de llegar el día. Desde la ventana de mi habitación, en el silencio recobrado y la frescura del aire inmóvil, veo las primicias del alba que asciende sobre Madrid. Las primeras líneas de fuego están a unos cien metros de nosotros. Un disparo se destaca en el silencio del amanecer. Silencio, más silencio. El día crece. La línea de los tejados, negra hace unos minutos, recobra sus colores de piedras y tejas. Otros dos tiros responden. Una banda de ametralladoras rompe el fuego, se detiene, vuelve a empezar. Un tiro de mortero, hacia Carabanchel, da la impresión de un surtidor continuo de piedras planas sobre una superficie de agua. La voz de la artillería se despierta. Los aviones llenan el cielo. Algunos pasan a una decena de metros sobre los tejados de las casas, con un clamor tan breve que no evoca ninguna comparación. Son los cazas republicanos que van a ametrallar las líneas enemigas. El estruendo sigue sin interrupción. Todo el frente arde y en Madrid continúa la vida como si la locura presente no pudiera nada contra la sabiduría secular. Frente a mí, al otro lado de la plaza, hay mujeres en bata que abren sus balcones, las facciones alteradas entre el resplandor persistente de la juventud, bellas y rendidas. Unos niños juegan ya al borde de las aceras. Los dependientes levantan el cierre de los comercios...

Los muertos de la noche acaban de enfriarse en la postura que conservarán por toda la eternidad. Los heridos se agazapan sobre su vida amenazada como para impedir que huya. Los que viven encuentran de nuevo sus trabajos y sus alegrías, sobreponiéndose una vez más, por el sencillo juego de las cosas cotidianas, a la zozobra que debía adherirse a sus corazones. Se combate bajo tierra, sobre la tierra y en el cielo, pero Madrid continúa viviendo con esa resuelta despreocupación, ese desprecio de la muerte y del sufrir que sólo resulta explicable por un total amor a la vida.

(Continuará.)



# EL GENERAL MIAJA OFRECE UN ALMUERZO A LOS PERIODISTAS EXTRANJEROS

## Mr. Attlee dice: "Defenderemos la causa del pueblo español porque es nuestra causa"

**El diputado laborista Noel Baker dice que su impresión es que el Comité de "no intervención" no puede sacar las tropas extranjeras de España**

Madrid, 5. — El general Miaja obsequió hoy con un almuerzo a los periodistas extranjeros y a los corresponsales de las agencias internacionales. El agasajo, organizado con motivo del aniversario de la defensa de Madrid, había sufrido algunos aplazamientos por las muchas ocupaciones del general. Hoy coincidió con la visita que al general hacían los parlamentarios ingleses que fueron también invitados al almuerzo. Otros invitados fueron el ministro de Comunicaciones y el ministro de Instrucción Pública, que se encuentran desde el viernes en Madrid. También se hallaban entre los asistentes, el gobernador militar de Madrid, general Cardenal; el delegado de Propaganda y Prensa, Carreño España; el comisario del Centro, Antón; el gobernador de Madrid; el alcalde interino, Gómez Egido; el representante en Madrid del ministro de Hacienda y Economía y de la Presidencia del Consejo, Teófilo Moreno; el miembro de la Ejecutiva del Partido Socialista, Manuel Alvar; los ayudantes del general Miaja, coronel Pérez Martínez, comandante Páramo y capitán Estrugo, y los jefes del Cuartel General.

Los comensales eran unos sesenta y cinco, para los cuales el general tuvo todo género de amabilidades.

Antes del almuerzo, el general Miaja conversó con los diputados ingleses, quienes no le ocultaron la fuerte impresión que les había causado la rápida visita efectuada esta mañana al barrio de Argüelles, así como el contemplar los desperfectos que presenta una parte del Palacio Nacional, desde cuya terraza estuvieron contemplando las líneas republicanas de la Casa de Campo y las que rodean la Ciudad Universitaria.

También conocieron, por la explicación que les fué dada por los jefes respectivos, cuál es la situa-

ción de las fuerzas facciosas del frente de Madrid y de la parte más alejada de la capital.

Transcurrió la comida en medio de un ambiente cordial y al final el general Miaja ofreció el almuerzo, diciendo que se hallaba en deuda con la Prensa extranjera, la cual, desde el primer día de la sublevación, ha seguido la lucha del Ejército del Centro con remarcable interés.

Esta comida — añadió — coincide con la visita de los representantes del Parlamento inglés, que son desde anoche nuestros huéspedes. Quiero dirigirme a Mr. Attlee para decirle que hemos seguido paso a paso su actuación en la Cámara de los Comunes.

Yo, por mi condición de militar, no me puedo meter a fondo en los asuntos internacionales, porque para esto están aquí dos dignos representantes del Gobierno de la República, que son quienes pueden hablar de esta cuestión; pero sí puedo decir que he tenido la suerte de que el destino me escogiera para mandar un pueblo que desde el primer hombre hasta el último sólo tiene un deseo.

Hoy tenemos unos soldados organizados y ya no ocurrirá aquello de noviembre del pasado año, cuando acudieron a la Casa de Campo a contener al enemigo cuatrocientos hombres provistos de 65 fusiles. Aquellos heroicos luchadores pertenecían, por rara casualidad, al Sindicato de Barberos y en su vida habían cogido más armas que las herramientas propias de su oficio. Ellos sacrificaron su vida e hicieron frente a fuerzas rebeldes poderosas. Eran unos hombres que no tenían siquiera una mala organización militar.

De estos españoles y de otros grupos semejantes ha surgido un ejército hecho por el mismo pueblo y que nada tiene que envidiar

a los restantes ejércitos del mundo.

Nosotros hemos organizado el Ejército de abajo a arriba. Este pueblo disciplinado es el que ha creado los mandos, con la ayuda reducida de unos cuantos profesionales del Ejército, entre los cuales tengo el orgullo de contar-me; y así han surgido los cuatro ejércitos que están luchando en la zona leal, ejércitos dispuestos a vender caras sus vidas y a derramar su sangre por la defensa de la Libertad, que no será la de España, sino la del mundo entero.

A vosotros, periodistas, que estáis conviviendo con nosotros y viendo nuestra lucha diaria, nada tengo que deciros. Estoy seguro de que continuaréis, como hasta ahora, diciendo al mundo entero que el pueblo antifascista español está dispuesto a mantener la lucha en todo momento hasta que se nos haga la justicia debida y las libertades del mundo queden aseguradas.

Nada más; yo no soy orador y termino estas breves palabras, diciendo: ¡Viva la Libertad Mundial!

Una gran ovación acogió las palabras del general, que fueron traducidas al inglés por el capitán Estrugo.

El diputado Attlee dijo a continuación que tanto él como sus compañeros están muy agradecidos a la invitación que se les ha hecho de conocer la España republicana, porque ello les ha permitido ver con sus propios ojos cuanto aquí ha ocurrido y ocurre y ponerse en contacto con el pueblo, con la retaguardia y con la vanguardia.

Cuando regresemos ahora a Inglaterra — añadió — podéis tener la seguridad de que contaremos cuanto hemos visto y diremos cuál es el espíritu de organización que existe en la República española. Defenderemos la cau-

sa del pueblo español porque es la causa nuestra y haremos toda la propaganda necesaria para ayudar moral y materialmente a nuestros camaradas de España. ¡Viva el pueblo español!

El corresponsal en Madrid de «La Nación», de Buenos Aires, señor Esla, dió las gracias por la atención del general, en nombre de sus compañeros, y resaltó la importancia de la visita de los diputados ingleses.

A requerimiento de los corresponsales extranjeros, hizo uso de la palabra el ministro de Instrucción pública, Jesús Hernández.

Estamos muy agradecidos — dijo — por la visita de los diputados ingleses y quedamos bajo la grata impresión de que nuestros ilustres huéspedes, al regresar a su patria, puedan expresar el sentimiento unánime de nuestro pueblo.

Nadie del pueblo ha sentido la más leve impresión o cobardía que impida pensar en otra cosa que no sea la victoria mediante el aplastamiento de Franco y la expulsión de todos los invasores de nuestro pueblo.

Podréis decir que la España republicana defiende no sólo su causa, sino la paz de Europa. Estamos también defendiendo lo que hay de democrático y progresivo en todo el mundo.

Terminó pidiendo la solidaridad del pueblo inglés hacia la España ensangrentada que no cesará en la lucha hasta lograr el triunfo decisivo.

Habló después brevemente Patlers, director de la «United Press», quien tras agradecer la atención del general, pidió que Attlee ilustrase a todos sobre los resultados probables de la próxima reunión del Comité de No Intervención de Londres.

La petición fué acogida por el diputado Baker, quien dijo que el Comité de No Intervención ha estado más en contra de la España leal que en favor suyo.

Podéis tener la seguridad — agregó — de que si el Gobierno de nuestro país estuviera en las manos del Partido Laborista, la España republicana hubiera tenido desde el primer día la ayuda de los países democráticos y hubierais podido comprar cuantas armas hubierais necesitado para triunfar en muy pocas semanas.

Mi impresión es que el Comité

de No Intervención no puede sacar las tropas extranjeras de España.

El pueblo español debe ser tímido y aguantar todo el tiempo que sea preciso hasta que nosotros triunfemos en las próximas elecciones inglesas.

Gómez Egido, invitó a los diputados ingleses y a la Prensa a que fueran mañana al Ayuntamiento, donde a la vez que se obsequiarán podrán conocer, por la voz autorizada del gobierno, cuáles son las necesidades apremiantes del pueblo madrileño.

El corresponsal del «Manchester Guardian» pronunció unas palabras lamentándose de haber pasado estos días de labios de persona que tiene una representación consular, la afirmación de que la población civil sólo desea la terminación de la guerra, sin tenerse a escoger cómo y cuándo puede ponerse término a la contienda. Estas palabras fueron contestadas por el general Miaja con la afirmación categórica de que España, la España republicana, no piensa más que en el aplastamiento de Franco y en la expulsión de los invasores.

Los diputados ingleses fueron al despacho del general, con quien conversaron durante largo rato.

Después los periodistas hicieron al general Miaja diversas preguntas, todas ellas relacionadas con la lucha habida hasta ahora y el general contestó con la claridad en él característica.

Al cabo de dos horas y media los diputados ingleses abandonaron el Cuartel General del Ejército del Centro, y acompañados de sus séquitos se dirigieron al teatro Español para conocer la obra de Galdós, «Electra».

En las primeras horas de la noche y en su residencia, asistieron a la proyección de varias películas relacionadas con las operaciones llevadas a cabo por el ejército del Centro.

Mañana, lunes, por la mañana antes de acudir al Ayuntamiento, seguirán su visita a los sectores próximos a Madrid, y por la tarde posiblemente iniciarán su regreso a Valencia y Barcelona deteniéndose a conocer el frente de Guadalajara.

(«El Día Gráfico», Barcelona 7-XII-37.)

## Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

El partido y la corporación fueron las formaciones elegidas por el fascismo para encuadrar, a su servicio, toda categoría de ciudadanos.

Pero ni el partido, ni la corporación habrían podido cumplir su misión sin la «ayuda» de las leyes especiales. Al amparo de estas leyes pudieron ambos hacer irresistible su dominio: lo cual tuvo como consecuencia inevitable provocar casi insensiblemente el nacimiento de toda una clase política parasitaria, cuyos intereses tienden poco a poco a identificarse con los de la dictadura, y cuyo destino es constituirse, al final, en muralla de ésta.

Así logró el fascismo — realizando el programa anunciado, en 1923, por Mussolini — hacer brotar a la fuerza ¡el consentimiento!

Por otra parte, a favor de la situación sostenida por las mismas leyes especiales, los grupos más poderosos del capitalismo monopolizador, aquellos que, hace quince años, lanzaron al fascismo al asalto de los últimos reductos de la democracia, tuvieron todo el tiempo por suyo para perfeccionar a placer sus métodos

clásicos de explotación de las clases trabajadoras y contrarrestar toda tentativa de pacificación europea, cuyo triunfo hubiese arrebatado automáticamente toda seguridad al goce de sus privilegios, para desarrollar y llevar a cabo su plan de expansión imperialista y de bandidaje colonial.

### La reacción antifascista contra las medidas excepcionales.

Ese es el activo del balance. Pero es que, por la fe de tales comprobaciones, es legítimo deducir que las leyes excepcionales han conseguido prácticamente, en total o siquiera en parte, su finalidad esencial? Nadie osaría afirmarlo.

El objetivo de esas leyes, tan a menudo enunciado en discursos históricos, era el de anular la oposición, esterilizar el microbio antifascista o, por lo menos, atenuar su virulencia, normalizar en suma, aunque sólo fuese por lo que dura una corta pausa, la vida nacional, de manera que se permitiera al país restablecer un equilibrio aun ficticio en su organismo tan duramente castigado. En este terreno la legislación especial, muy lejos de ayudar al fascismo a reforzar sus posiciones, a desanimar a sus adversarios, a hacer echar artificialmente raíces a su falsa mística de disolución gozosa de la personalidad individual en la voluntad soberana del jefe, intérprete predestinado de las exigencias que plantea la unidad primaria y única importante del grupo, no ha obrado más que como prestigiosa levadura de fermentos revolucionarios, como excitante irresistible de las más ocultas fuerzas de resistencia anticonformista, en una palabra, como iluminación repentina que disipa las tinieblas en las cuales un penoso pasado de

servidumbre espiritual había hundido a las conciencias italianas.

Dentro de las fronteras, pasado el primer momento de desorientación, de confusión, hasta de pánico, consecutivo al desencadenamiento del terror, las fuerzas de la oposición, forzadas a la lucha clandestina, pronto redoblaron — indomables — su actividad de iniciación.

Los partidos disueltos fueron inmediatamente reconstituidos o reemplazados por otras formaciones nuevas de cuadros mejor seleccionados que reclutaban adeptos mejor preparados para el combate. Los partidos comunista, socialista y republicano, tantas veces ejecutados y enterrados por los verdugos oficiales, dejaron nunca de vivir, ni de actuar. El movimiento «Giustizia e Libertà», al cual se sumaron hombres decididos, no tardó en unirse a aquellos en el mismo frente.

Hostigado por sus ataques, atemorizado por su potencia de irradiación y de proselitismo, el régimen — que, sin embargo, se jacta de no conocer más que victorias retumbantes e irrevocables — no ha podido pensar ni un solo día en desmovilizar sus aparatos de opresión. La crónica, la fría crónica judicial que registra la terrible misión cumplida, sin interrupción desde hace diez años, por el Tribunal especial — ahí para testimoniar, a la vez, la creciente amplitud adquirida — bajo el aguijón del peligro, a medida que mortal, que implicaba su ejercicio — por la actividad subversiva y el fracaso lamentable de todos los planes de exterminio, trazados, uno tras otro, con un fanatismo y un salvajismo sólo explicable por el miedo, para aniquilar sus fuentes.

(Continúa)